

EL CASO DEL CADÁVER
SONRIENTE

Paco Piquer Vento



DESTACABAN EN AQUEL BAR del extrarradio; carne de Liceo, Rolex en sus muñecas y Navidades en Baqueira.

Un lío, pensaban los que observaban acodados en la barra cochambrosa.

Pero ellos parecían ajenos a los murmullos que provocaban y a las miradas de reojo de que eran objeto.

—Quiere volver.

—¿Qué dices?

—Una casa en las Bahamas. Un retiro dorado.

—Eso cuesta dinero.

—Quiere joderos.

—¿Cómo?

—La última entrega.

—Lo evitaremos.

—Tengo un plan mejor.

—¿Matarlo?

—No. Creo que tiene un cómplice. O un cabeza de turco. Convendría tener un seguro.

—¿Quién?

—Él. O ella, ya sabes.

—¿Entonces?

—Déjame pensarlo.

—Hablamos.

—Vale.

NO LE HABÍA COSTADO trabajo ligarse a aquel imbécil.

En Barcelona, en cualquier ciudad del mundo, existen lugares donde acuden tipos como aquel buscando la carna-za fácil de las desesperadas.

Ahora él se desnudaba, su ego por las nubes, en la habi-tación de un motel de carretera.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—El acento. Y apuesto a que eres casado.

—¿Cómo lo sabes?

—El anillo. Y apuesto, también, a que tu mujer no te hace lo que yo voy a hacerte.

La mujer sacó del bolso unas esposas forradas de terciopelo y un pañuelo de seda con el que le tapó los ojos.

El hombre, desnudo sobre la cama, se dejó hacer.

—¿Cómo lo sabes?

—Tus calzoncillos. Dan asco.

La mujer salió de la habitación y cedió su lugar a una mole de ciento veinte kilos y ojos rasgados.

—Es tuyo, Koko.

Desde su BMW plateado hizo una llamada.

—Lo tengo. Koko está con él.

Desde la habitación llegaron las carcajadas del represen-tante de mercería.

Era muy chistoso aquel Koko.

NO TENÍA QUE ESTAR allí el día que descubrieron el cadáver sonriente. Pero estuve. Había acudido después de pensármelo mucho. Pero eso ahora no viene al caso. Necesitaba salir, escapar de los círculos en que me movía últimamente: pruebas para divorcios, seguimientos, espionajes ordenados por hombres y mujeres que, más que intentar recuperar afectos deteriorados, pretendían casi siempre la venganza. Procurar a esposas o maridos soliviantados el ridículo más espantoso con las evidencias que pudiese proporcionarles.

Intentar adentrarme en otras historias y no moverme siempre en la rutina era cuestión de supervivencia. Casi como respirar.

Mi arrugado carné de investigador me permitía, sin que me preguntasen demasiado, introducirme en las verbenas que montaba la policía con aquellos plásticos de colorines que rodeaban la escena del crimen.

Aquel muerto tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mira! Si hasta parece que el pobrecito ha muerto feliz —dijo alguien.

¡Cómo si morir pudiese suponer felicidad!

No dudo que pasarlas canutas por la vida sea para tirar cohetes, pero de ahí a que morirse pudiese ser una felicidad...

Pero volvamos a la historia. La primera sorpresa fue que los forenses no pudieran determinar una causa de muerte anormal. Comprendo que no es muy preciso decir «anormal», pero adviertan y compartan ustedes mi sorpresa: ¿Cómo una persona de cuarenta y tantos años puede morir de muerte «natural»? Como si se le hubiesen acabado las pilas, como si se tratara de un abuelete. Debían de referirse, sin duda, a la ausencia de signos externos de violencia, porque la verdad es que aquel cadáver, además de sonriente, estaba helado. Completamente helado. Como un carámbano.

Ya sé que casi todos hemos visto algún muerto: ¿quién no ha ido al entierro de un familiar y ha tenido la oportunidad de participar en los preparativos de la mortaja? Algunos, los menos, habrán visto una muerte traumática o violenta: un ahogado, un atropellado, alguien que se ha tirado desde el último piso. Pero... un congelado... Reconozco que era la primera vez que lo veía.

Permítanme especificar que, como todo médico que se precie, el forense dictaminó: «Fallecimiento por parada cardíaca». Y algo de frío, pensé para mis adentros.

Naturalmente, a ningún muerto le sigue latiendo el corazón.

Nadie parecía darse cuenta de mi presencia y decidí quedarme. De pronto, comprobé que me habían dejado solo. Forenses, fotógrafos y policías de paisano habían salido de la cámara frigorífica y se habían trasladado al interior del local, algo más confortable. Con seguridad, aguardaban la llegada de los *científicos* que buscarían huellas y evidencias.

Y ya que estaba allí, me arrebujé en mi loden y decidí acercarme al muerto e intentar ubicar el cadáver en el entorno donde había sido hallado que, evidentemente, no era el suyo propio. No. No lo era. ¿Alguien podría explicarme qué hacía aquel fiambre en la cámara frigorífica de un restau-

te japonés? Quizás eso, me refiero a lo de la cámara, y aunque suene a chiste malo, justificaba la sonrisa helada del difunto.

Parada cardíaca, había dictaminado el forense, pero ¿quién o quiénes habían obligado a detenerse al corazón de un hombre aún joven y en aparente plena forma?

Di varias vueltas alrededor del cuerpo buscando algún detalle que me ofreciera alguna pista. El muerto vestía un traje caro y era evidente que tenía buen gusto, además de dinero. La cartera contenía algunas tarjetas de crédito y unos pocos billetes. El reloj, un Rolex Submariner de acero, y un grueso anillo de sello estaban en su sitio. El robo no parecía el móvil del crimen, si es que había sido un crimen, como todo parecía indicar. Pero... ¡un momento! Al muerto le faltaban los zapatos. Sus pies desnudos estaban adquiriendo ese tono violáceo que asociamos con los cadáveres. Una vez acompañé a mi padre a la cremación de un tío suyo que acababa de fallecer. Mi padre tuvo que identificarlo antes de que el cuerpo fuese introducido en el horno. Yo quise verlo todo, y lo vi. El tío de mi padre estaba del mismo color que aquel cadáver sonriente y descalzo.

—¡Oiga! —una voz áspera me devolvía al mundo de los vivos—. ¿Es usted el inspector Jáudenes? —un joven policía de uniforme se dirigía a mí mientras se frotaba las manos atarido por el frío.

Mentí a sabiendas de lo que me jugaba —«Jáudenes, en efecto, agente»—, pero intuyendo además que podría aprovecharme de la situación.

—¡A sus órdenes, inspector! —El guardia hizo ademán de cuadrarse y después del saludo permaneció en silencio, como aguardando mis comentarios.

—Un feo asunto —dije por decir algo—. ¿Se sabe ya quién era? —añadí, adoptando un evidente aire de suficiencia.

El agente sacó una libretita.

—Se llamaba Próspero Galimatías y era fabricante de piernas ortopédicas —dijo.

—De acuerdo, agente —la cosa, aunque fuese sólo por la profesión del muerto, prometía—. Regrese con los demás y avíseme cuando lleguen los de la científica.

El agente se retiró y yo volví junto al cadáver. Mientras revisaba de nuevo su cartera, escuché pasos que se acercaban. No me dio tiempo a restituirla a su bolsillo y me la guardé en el de mi abrigo.

—Han llegado los de la científica, inspector —anunció el guardia de uniforme.

—Permanezca aquí, agente —le ordené mientras salía de la cámara—. Voy a hablar con ellos.

Igual que a mi llegada, nadie se percató de mi presencia mientras abandonaba la verbena de tiras de plástico rojas y blancas (Policía - No Pasar), que rodeaba al restaurante japonés *La fuerza del destino*, en cuya cámara frigorífica continuaba, tieso como la mojava, el cadáver sonriente de un fabricante de piernas ortopédicas.

¡Ah! Permítanme que me presente. Mi nombre es Prudencio Lavandeira y soy investigador privado. Especialista en, por llamarlo de algún modo, «desórdenes matrimoniales».

—¿CÓMO ERA ESE hombre? El inspector Jáudenes intentaba mantener la serenidad. El joven agente de uniforme estaba a punto de echarse a llorar. En ese terrible instante descubría su error.

—¿El... el inspector Jáudenes? Pero... si aquel hombre dijo que era usted... —el agente comenzaba a calibrar el alcance de su metedura de pata.

—Vamos, vamos —detrás de su aparente calma, el inspector exigía saber cómo era el que le había suplantado—. ¿Cómo era ese hombre?

—Moreno... delgado, no demasiado alto. Nariz aguileña... —el agente se esmeraba en su descripción.

—Y un fino bigotito. ¿Cierto, muchacho?

—Sí, inspector —afirmó.

El rostro del inspector Jáudenes se transmutó en una fracción de segundo. Apretando las mandíbulas masculló un nombre apenas inteligible:

—Lavandeira.

A continuación, sus preguntas fueron volviéndose órdenes, exigencias. Rabia contenida.

—¿Qué se llevó? —preguntó, ya fuera de sí.

—Creo que nada, inspector —el agente rezaba para no haberse equivocado de nuevo.

EL PRODUCTO DE MI, digamos, «descuido», descansaba sobre la mesa de mi, digamos, «despacho».

Cuando obtuve el título de investigador privado juré no parecerme ni por asomo a aquellos típicos y tópicos detectives que habitan oficinas cochambrosas, les persigue siempre el case-ro, visten raídas gabardinas, conducen coches destartados y tienen secretarías espectaculares y tontas a las que pagan casi siempre en especie. Claro que todo eso ocurre sobre todo en las películas, porque los detectives de aquí son más bien tipos serios, a veces demasiado, que mantienen su colegiación, alquilan despachos en impersonales edificios para profesionales y pagan con puntualidad a sus secretarías.

Yo no quise ser como ellos e instalé mi oficina en la mesa camilla del saloncito del piso de la calle Aribau donde vivía con mi anciana madre. Compartía con ella teléfono y televi-

sión y, si no tenía que salir, le hacía compañía. La pobre estaba un poco pachucha últimamente y desde su operación de cadera se movía con dificultad.

También pensé que dedicándome, como pensaba hacer, a casos de matrimonios en dificultades, recibir a mis clientes en aquel acogedor saloncito me ayudaría a obtener su confianza. Un ambiente familiar evocaría siempre momentos más felices.

—¿No vas a salir, Prudencio? —preguntó mi madre, mientras sus manos temblorosas sujetaban una bandejita con el café con leche y las galletas que me servía cada tarde.

—No lo sé aún —contesté mientras extendía sobre la camilla el contenido de la cartera de Próspero Galimatías—. Es ya tarde.

—Si sales abrígate bien, hijo —aconsejó retirándose a la cocina—. Hace un frío terrible. Como para congelarse.

Sus observaciones sobre la meteorología se convirtieron en la evocación del cadáver helado y sonriente del restaurante japonés, que flotó frente a mí e hizo que me estremeciera.

—Descuide usted, madre —respondí de un modo mecánico. Mi mente estaba ya ocupada en examinar los documentos que, como las cartas de un solitario, se alineaban sobre el mantel de ganchillo que adornaba la mesita camilla del saloncito.

Tarjetas de crédito, casi todas doradas, delataban la aparente potencia económica del fallecido. Tarjetas de visita pregonaban la profesión del muerto: «*Galimatías, Rehabilitación – Ortopedia – Prótesis*». Algunos billetes. Un par de facturas sin relevancia: la revisión de un automóvil Mercedes, un comprobante de compra de El Corte Inglés y dos cuentas del restaurante japonés *La fuerza del destino*, donde había aparecido su cadáver, correspondientes al mismo día, el quince, de noviembre y diciembre últimos. ¿Coincidencia?

Más que eso, pensé. A Próspero Galimatías se le había ocurrido acudir a comer en aquel restaurante siguiendo la progresión aritmética de las fechas, el quince de enero, y no para celebrar el año nuevo degustando *sushi* de atún o *tempura* de gambas. Porque en realidad fue para morir congelado, sonriendo y sin calcetines. Parecía que al muerto le habían invitado a comer, si es que había comido, porque la factura de ese día no aparecía entre los papeles que guardaba en la cartera.

En aquel momento sonó el teléfono, un aparato vetusto que colgaba en el pasillo, cerca de la cocina, como símbolo de un pasado ya bastante lejano.

—Prudencio, es para ti —anunció mi madre, que había acudido a la llamada de su insistente tintineo—: Investigaciones Lavandeira —le había oído decir segundos antes, perfecta en su papel de secretaria eficiente que le había asignado a cambio de mi compañía.

Al otro lado del hilo, el inspector Jáudenes, fuera de sí, me hacía saber que sabía que había estado donde no debía, que había usurpado su personalidad y que se me podía caer el pelo si averiguaba que había tocado algo o me había llevado alguna cosa que no debiera.

—Pero inspector —traté de ser conciliador—, ¿es que no me conoce? Es esta maldita curiosidad que me lleva a meterme donde no me llaman. Y, además, lo ponen todo tan bonito ustedes con esas cintas de colorines. Parece una verbena.

—No se burle de mí, Lavandeira —rezongó su voz cascada—. No quiero verlo rondando por el restaurante. ¿Me ha comprendido?

—Usted sabe que jamás interferiría en su trabajo —mentí como un bellaco—, pero es que estoy tan harto de cornudos, que cualquier asunto distinto puede conmigo. Ya sabe, deformación profesional.

—Eso espero, Lavandeira —un profundo suspiro siguió a sus palabras—, y, vuelvo a preguntarle, ¿no se habrá llevado nada de la escena del crimen?

—¿Es que no confía en mí, inspector? —pregunté con voz inocente.

Su última palabra antes de colgar sonó como un latigazo:

—¡No!

Desconocía aún qué provecho podría obtener de aquella situación, pero la curiosidad podía más que yo, el trabajo escaseaba aquel mes —había muchas reconciliaciones después de Navidad— y, ¡qué puñetas!, la posibilidad de joder a aquel cabrón de Jáudenes era algo que me ponía un montón. Rescaldos encendidos de una vieja historia entre nosotros.

NIRUHITO MAREMOTO estaba hasta los cojones de preparar *sushi* tras la barra del restaurante japonés de medio pelo en el que trabajaba. Y más todavía de hacer ceremoniosas reverencias a los snobs que se sentaban ante la barra de su cocina y hablaban con suficiencia sobre los secretos de una gastronomía que, con toda seguridad, desconocían. En incontables ocasiones, al oír sus comentarios, había contemplado con una extraña mirada el brillo acerado de su cuchillo de desescamar favorito.

Niruhito Maremoto había nacido en Santa Coloma de Gramanet. Era hijo de un desertor del ejército del sol naciente que renunció a hacerse el *harakiri* al ver el asunto perdido y se había enrolado, haciéndose pasar por filipino, en un carguero británico que, huyendo de unos y otros, atracó en un puerto japonés. El capitán del carguero no tenía demasiados escrúpulos ni el padre de Niruhito demasiados papeles, pero en aquellos tiempos nada importaba demasiado. Así que después de pasar algunos meses fregando cubiertas y vomitando,

evidencia implacable de sus carencias marineras, el señor Maremoto desertó de nuevo y no volvió a bordo una noche que el barco amarró en el puerto de Barcelona. Allí ejerció los más variados oficios: palanganero en un burdel del Barrio Chino, limpiador de animales en el circo americano y hasta hombre anuncio. Hasta que un buen día, en la cola de un cine reconoció a una de las putas del serrallo donde había trabajado y a la que había retirado por capricho un señorito de la alta sociedad. Con ella que se había ido a vivir a un piso del ensanche que rara vez visitaba el benefactor de la dama. Maremoto se enamoró sin remedio de aquella geisha de arrabal y de su relación había nacido Niruhito hacía ya casi cincuenta años.

Niruhito pensaba en todo ello mientras enrollaba arroz con la esterilla. Si aquellos gilipollas que contemplaban su mirada oblicua supiesen que era paisano suyo, que era socio del *Barça* y que hasta había ido de romería a Montserrat, seguramente no les sabría del mismo modo el *sashimi* de gambas o el arroz con col que preparaba en la plancha a la vista del público.

Niruhito se consolaba pensando que en poco tiempo podría reunir el dinero necesario para abrir el negocio con el que pensaba retirarse de la cocina, un local donde ejercer su verdadera profesión. Las manos poderosas de Niruhito se trocaban en expertas herramientas sanitarias, en consuelo impagable para cervicales atrofiadas, rodillas sin yugo o espaldas con sobrecarga.

Ya veía el rótulo que iba a anunciar el local: «Maremoto. Masajes orientales. Reflexología».

Pero, faltando todavía un tiempo, y algún dinero, para realizar su sueño, Niruhito seguía preparando deliciosos *sukiyakis*.

El hombre del fino bigotito intentaba atrapar, con ayuda de los palillos que manejaba con torpeza, una bolita de carne que flotaba en una sopa de jengibre.

Se cruzaron sus miradas y Niruhito sonrió.

—Parece tan fácil —dijo Prudencio Lavandeira que, desafiando las «sugerencias» del inspector Jáudenes había acudido a almorzar al restaurante japonés en cuya cámara frigorífica había aparecido algunos días antes el macabro cadáver sonriente de Prudencio Galimatías.

—Es sólo cuestión de práctica. —Niruhito correspondió con amabilidad al caballero que, por lo menos, reconocía ser un lerdo en la utilización de aquellos utensilios.

—No suelo frecuentar estas cocinas. —Prudencio trató de entablar conversación con aquel japonés que le había contestado con un acento tan vernáculo como el suyo propio—. No le podría asegurar si me agrada lo que como.

—Es sólo cuestión de tiempo —contestó Niruhito con una breve frase que no le impidió proseguir su faena—. Pero, entre nosotros, donde esté una butifarra con secas...

Prudencio, sorprendido por la afirmación del nipón, o por la confianza que con la misma le otorgaba, se atrevió a soltar hilo.

—Me encanta su sinceridad, amigo... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Niruhito Maremoto —contestó con una sonrisa que le obligaba a cerrar aún más sus ojillos rasgados—. Encantado.

Prudencio Lavandeira decidió aprovechar la oportunidad y mintió como solo él sabía hacerlo.

—Verá, Niruhito, soy periodista y estoy preparando un reportaje sobre la integración de los extranjeros...

—Pero yo no soy extranjero —protestó Niruhito—. Nací aquí, en Santa Coloma.

—Mejor, mejor —Prudencio manifestó entusiasmo—, la integración total —y añadió—. Si me permite, quisiera invitarle a un café cuando salga del trabajo. Me encantaría conocer su historia, la de su familia...

Media hora después, el detective abandonaba el restaurante con la promesa de Niruhito de encontrarse por la tarde en un conocido local del centro. Prudencio sonrió para sus adentros ante la posibilidad de indagar en lo que aquel locuaz japonés, o lo que fuese, iba a proporcionarle.

Desde la esquina, un hombre con una gabardina clara informaba al inspector Jáudenes de que Prudencio Lavandeira, desoyendo sus recomendaciones, había acudido al restaurante japonés.

El inspector soltó un taco, para añadir después:

—Sígalo, no se separe de él. Y no se le ocurra perderlo.

DISPONÍA DE ALGÚN TIEMPO antes de reunirme con el cocinero japonés e iba a invertirlo en despistar al policía de paisano que me seguía desde hacía varios días. Eran tan previsibles aquellos tipos...

—Ese idiota de Jáudenes... —musité para mí mismo.

Entré en un bar y me tomé una infusión de manzanilla. Las malditas salsas que habían acompañado el almuerzo me estaban produciendo una acidez que iba a más.

Poco después abandoné el local. A alguna distancia, el agente de paisano continuaba siguiéndome.

Disponía también de un amplio catálogo de vías de escape que utilizaba en ocasiones comprometidas.

No lejos de allí, el *sex-shop* de Wenceslao Ramírez, *Venci* para los amigos, serviría para mis propósitos.

Las cabinas de *peep-show* disponían de una entrada por el patio de la finca, que utilizaban las «artistas» para acceder a sus camerinos y también aseguraban la salida con total discreción cuando el cliente así lo pretendía.

Con un guiño de ojos que era un «*Hola Venci, tengo que salir sin ser visto, entreténme al tipo de la gabardina, gracias y hasta pronto*», resumido con un solo gesto, atravesé el local de

mi amigo y desaparecí por la puerta que daba a las cabinas. *Venci* frunció los labios en un beso lejano que significaba «*No te preocupes, Pruden. Déjalo de mi cuenta*», y se dispuso a hacer los honores al visitante.

El agente aguardó unos instantes y penetró en el local. *Venci* acudió solícito.

—¿En qué puedo ayudarle, amigo? —preguntó al policía, que palpaba con timidez la tersura del cutis de una muñeca hinchable de aspecto grotesco.

Minutos después, el agente de la gabardina abandonaba el *sex-shop* con un paquete bajo el brazo que contenía la última versión de «*Brenda, tu amiga siempre disponible*». Se iba con el convencimiento de que al inspector Jáudenes iba a darle algún mal y él, con toda probabilidad, se jubilaría renovando carnés de identidad.

—HASTA LA NOCHE, Suzuki. —De un modo maquinal y cansino, Niruhito Maremoto se despedía del dueño del restaurante que, detrás de la barra, hacía cuentas con una calculadora.

—Este cabrón, siempre contando dinero —pensó Niruhito mientras se dirigía al encuentro del desconocido periodista que le había citado aún no sabía para qué. Los restaurantes japoneses no abundaban en la ciudad y *La fuerza del destino* había logrado, con su buen hacer en los fogones, un nombre destacado entre los aficionados a la comida oriental que huían de los sempiternos rollos de primavera y el arroz tres delicias de los comedores chinos que proliferaban sin nada demasiado nuevo que ofrecer. Niruhito ponía el trabajo a cambio de una miseria y el hijoputa de Suzuki Fujiyamo se llevaba las ganancias. El eterno discurso.

Hubiese preferido irse a casa a descansar un rato. El trabajo en la cocina abierta al público del restaurante resulta-

ba agotador. Horas y horas de pie y soportando, más que el calor de la plancha, las idioteces que ocasionalmente le lanzaban los clientes. Pero Niruhito era curioso y la curiosidad podía con él.

PRUDENCIO LAVANDEIRA le aguardaba en el sitio acordado. Niruhito distinguió su figura desgarrada embutida en su abrigo verde en un rincón apartado del café que, a aquellas horas, se encontraba atestado de ruidosos estudiantes.

—Ha sido muy amable acudiendo a la cita, amigo. —Prudencio Lavandeira estrechó la mano que Niruhito le tendía—. ¿Un café?

—Un carajillo de Soberano —contestó Niruhito haciendo gala de su absoluta integración.

—Yo creía que los japoneses solo bebían *sake* —dijo Lavandeira sonriendo.

—Vuelvo a repetirle que no soy japonés —Niruhito pareció contrariado—. Es lo mismo que Fujimori, tampoco él lo es. Es peruano y nadie se lo cuestiona. Y ha llegado a ser presidente de Gobierno —añadió con total conocimiento de causa—, aunque al final resultó ser un poco golfo.

El detective se quedó pensativo. Aquel japonés no era estúpido y sería posible que no le convenciese su argucia de hacerse pasar por periodista.

—Vamos a ser claros, señor Maremoto —Prudencio Lavandeira se lo jugó todo en un órdago a la grande—, necesito su ayuda.

Niruhito escuchó con atención la perorata de aquel desconocido enfundado en un loden verde, que le contó una historia increíble de agentes secretos especiales, de terribles peligros si abría la boca y del servicio extraordinario que podía prestar a su país si colaboraba con él y le ayudaba a desentra-

ñar el misterio del cadáver sonriente, aparecido en la cámara frigorífica del restaurante donde trabajaba.

—¿Ha oído usted hablar de 007? —preguntó Lavandeira.

—¿Bond? ¿James Bond? —Niruhito demostró también su sapiencia cinematográfica.

—Pues algo así —afirmó el detective mientras miraba a un lado y otro del café. Su farol alcanzaba ya dimensiones extraordinarias.

Niruhito se movió inquieto en su silla.

—Voy a tomarme otro carajillo, con su permiso.

Lavandeira chasqueó los dedos con aire chulesco al paso del camarero:

—Un carajillo de *Soberano* y una manzanilla para mí —ordenó—. Ese rábano picante va a acabar conmigo.

Una hora después se despedían.

NIRUHITO REGRESÓ al restaurante. Preparó sus cuchillos detrás de la barra. Limpió la plancha y comenzó a calentarla. En media hora comenzarían a llegar los primeros clientes de la noche. Cansinamente se dirigió a la cámara frigorífica para recoger las bandejas de *sushis* y *sashimis* que guardaba ya preparadas.

HABÍAN RESULTADO INTERESANTES las confidencias del japonés. Más bien, sorprendentes. Dejé que un alka-seltzer se disolviese en un vaso de agua, mientras contemplaba a través de los visillos del saloncito de mi madre cómo la noche oscura y fría iba abrazando la ciudad. Ahora sabía que el responsable de mi ardor de estómago, aquel maldito rábano picante, se llamaba *wasabe*, o algo así. En efecto, las confidencias de Niruhito habían resultado interesantes. Desde su mostrador

en la cocina había escuchado algunas conversaciones a las que no había prestado demasiada atención y creía que Suzuki, su jefe, podría estar relacionado con asuntos turbios. Un asesinato en el restaurante confirmaba sus suposiciones.

—Ha telefonado alguien preguntando por ti, hijo —dijo mi madre mientras se secaba las manos con un trapo—. ¿Es qué no vas a cenar?

—El inspector Jáudenes, supongo. ¿Verdad? —sabía que tarde o temprano el policía habría sido informado del esquinazo sufrido por su sabueso en el *sex-shop* de *Venci*.

—No ha dejado su nombre —la anciana amplió la información—, pero parecía muy nervioso ¿No te habrás metido en algún lío, Pruden?

La verdad es que mi madre no tenía ni idea, ni yo tampoco, seamos justos, del lío en que me estaba metiendo, o me había metido ya.

Cuando llamé al número que habían dejado, la voz temblorosa de Niruhito Maremoto me anunció que la cuota de cadáveres había aumentado en una unidad.

—Se trata de Suzuki, mi jefe —anunció.

Traté de serenarle, pero mis palabras se convirtieron pronto en preguntas. La excitación de Niruhito iba en aumento.

—Está muerto. En el restaurante —trató de concretar—. No había signos de violencia —como el cadáver de Galima-tías, pensé yo—; pero sí un detalle muy significativo...

—¿Qué? —quise saber.

—Suzuki tampoco llevaba zapatos... y... también sonreía.

—No toque nada, Niruhito —le di instrucciones adquiriendo un tono de voz grave, que me pareció de lo más profesional—. Enseguida voy para allá.

—Usted sabrá lo que hace, pero he llamado ya a la policía —me advirtió Niruhito, al que yo había pedido discreción

absoluta, para hacerle ver que la investigación oficial podía ocasionar un riesgo innecesario—. Estarán a punto de llegar.

—Bien —hice honor a mi nombre—, será mejor que yo no aparezca de momento por el restaurante —y añadí—: Tenga las orejas bien abiertas, Niruhito, y cuénteme lo que pueda averiguar.

—UNA VERBENA. Una verbena —el inspector Jáudenes recordó las burlonas palabras de Prudencio Lavandeira mientras se inclinaba para pasar por debajo de las cintas blancas y rojas (Policía - No Pasar) que acordonaban la entrada principal del restaurante japonés *La fuerza del destino*—. ¡Ese hijo de puta! Tengo ganas de verle la cara —su cabreo iba en aumento—. Voy a quitarle las ganas de fiesta con dos hostias.

Ya en el interior del restaurante, se dirigió a sus colaboradores:

—¿Qué tenemos, Fuencislo? —inquirió con voz agria.

Su ayudante le precedió hasta la cámara frigorífica:

—Un calco del otro. Congelado, descalzo y sonriente.

El cadáver de Suzuki Fujiyamo, colgado de un gancho para la carne, les dedicaba su helada y estúpida sonrisa, mientras sus pies desnudos iban adquiriendo un desagradable tono violáceo.

Jáudenes dio una lenta vuelta alrededor del muerto. No aparentaba signos de violencia. Registró sus bolsillos: un manajo de llaves, un pañuelo mugriento. Nada de particular.

El inspector abandonó el frío insoportable de la cámara. Ya en el restaurante se enfrentó con el impasible cocinero, que parecía no haberse inmutado por lo sucedido y seguía preparando lo necesario para la cena, como si nada.

—Me temo, amigo, que esta noche no va a preparar ni un triste *sushi* —dijo, mientras con un gesto ordenaba a su

ayudante que impidiese la entrada a cualquier cliente madrugador.

Niruhito, sin alterarse, fue recogiendo los utensilios con parsimonia, apagó la plancha, cerró el gas y se quitó el delantal.

—¿Puedo marcharme, inspector? —preguntó inocente, disimulando con un gesto risueño, como un niño ante unas inesperadas vacaciones, la importancia de la misión secreta que compartía con Prudencio Lavandeira.

—De aquí no se marcha nadie hasta que no respondan a mis preguntas —la acritud de Jáudenes aumentaba por momentos. En realidad no sabía a qué atribuir su malhumor, pero en su imaginación revoloteaba el fantasma de un gilipollas con un abrigo verde. Verde como aquella pasta que estaba en un pequeño recipiente sobre la barra de la cocina y en la cual había metido un dedo que estaba a punto de introducirse en la boca.

La advertencia de Niruhito Maremoto llegó demasiado tarde.

El malhumor del inspector Jáudenes se traducían ahora en fuego, que arrojaba por la boca como el dragón de Sant Jordi.

—*Wasabe* —dijo Niruhito.

—¡Hábleme en cristiano, nipón de mierda —el inspector había abandonado sus modales de forma definitiva.

—*Wasabe* —dijo de nuevo Niruhito—, rábano picante —y añadió—: Y yo no soy japonés.

El inspector arqueó las cejas detrás del vaso de agua que bebía con ansiedad, tratando de calmar el fuego en el infierno de su paladar.

Fuencislo Raventós, el ayudante del inspector, estuvo al quite y adelantó la extraña filiación del cocinero:

—Niruhito Maremoto, nacido en Santa Coloma de Gramanet, soltero...

El inspector le interrumpió con la mano que sostenía un vaso vacío, urgiéndole a que volviese a llenarlo.

—Con que catalán, ¿eh? —preguntó con un hálito de voz.

—Más que el cava de Sant Sadurní d'Anoia, jefe —la confusión que provocaban sus ojos rasgados y su lugar de nacimiento llenaban de satisfacción a Niruhito.

—Pues estamos apañados —el inspector recobraba poco a poco la normalidad—. Muy bien, paisano, cuéntame lo que sepas. Tú eres la última persona que vio con vida al señor..., ¿cómo se llamaba...?

—Suzuki Fujiyamo —apuntó Fuencislo, siempre atento a los detalles.

—Eso, eso. Fujiyamo, o como cojones quisiera llamarse —hasta los citados atributos estaba ya el inspector Jáudenes de aquel guirigay de nombres.

Niruhito trató de ser conciso en su declaración. Había regresado al restaurante para el servicio de noche. Halló el cadáver en la cámara cuando entró en ella para buscar las viandas de la cena. Él mismo avisó a la policía y no tocó nada. Las camareras no llegaron a entrar.

Niruhito pasó por alto sus conversaciones con Prudencio Lavandeira.

Poco después, la policía abandonaba el local. Niruhito salió con ellos y ayudó a cerrar el restaurante. Los de la científica habían peinado, sin resultado, hasta el último grano de arroz en busca de huellas.

El inspector volvió a acordarse del investigador al pasar, de nuevo, bajo las tiras de plástico (Policía - No Pasar) que precintaban la entrada al restaurante.

—Una verbena, una verbena —masculló—. Ya te daré yo a ti verbena, hijo de puta —y alzando la voz, ordenó—: ¡Fuencislo! Quiero a Lavandeira en comisaría mañana a las ocho. ¡Sin excusas!

Estaba convencido de que aquel cabrón sabía algo. O se había llevado algo. O había visto algo.

Niruhito se despidió del inspector:

—Descanse, amigo. O apúntese al paro —recomendó—. Y esté localizable por si lo necesitamos —y volviéndose hacia su ayudante preguntó—: ¿Tenemos su teléfono y su dirección, Fuencislo?

—Por supuesto, inspector —contestó éste, la perfección personificada.

Al llegar a su casa, el inspector se sirvió una cerveza y se sentó en el sofá. Suspiró largamente. Un suspiro que era la expresión misma de la confusión.

Su mujer llegó poco después del hospital donde trabajaba.

—Estoy agotada, cariño —oyó decir desde el dormitorio—. ¿Por qué no llamas al chino de la esquina y que nos suban algo? Me apetece comer con palillos.

Aquella noche el inspector Jáudenes hubiese podido asesinar a su mujer.